

## III

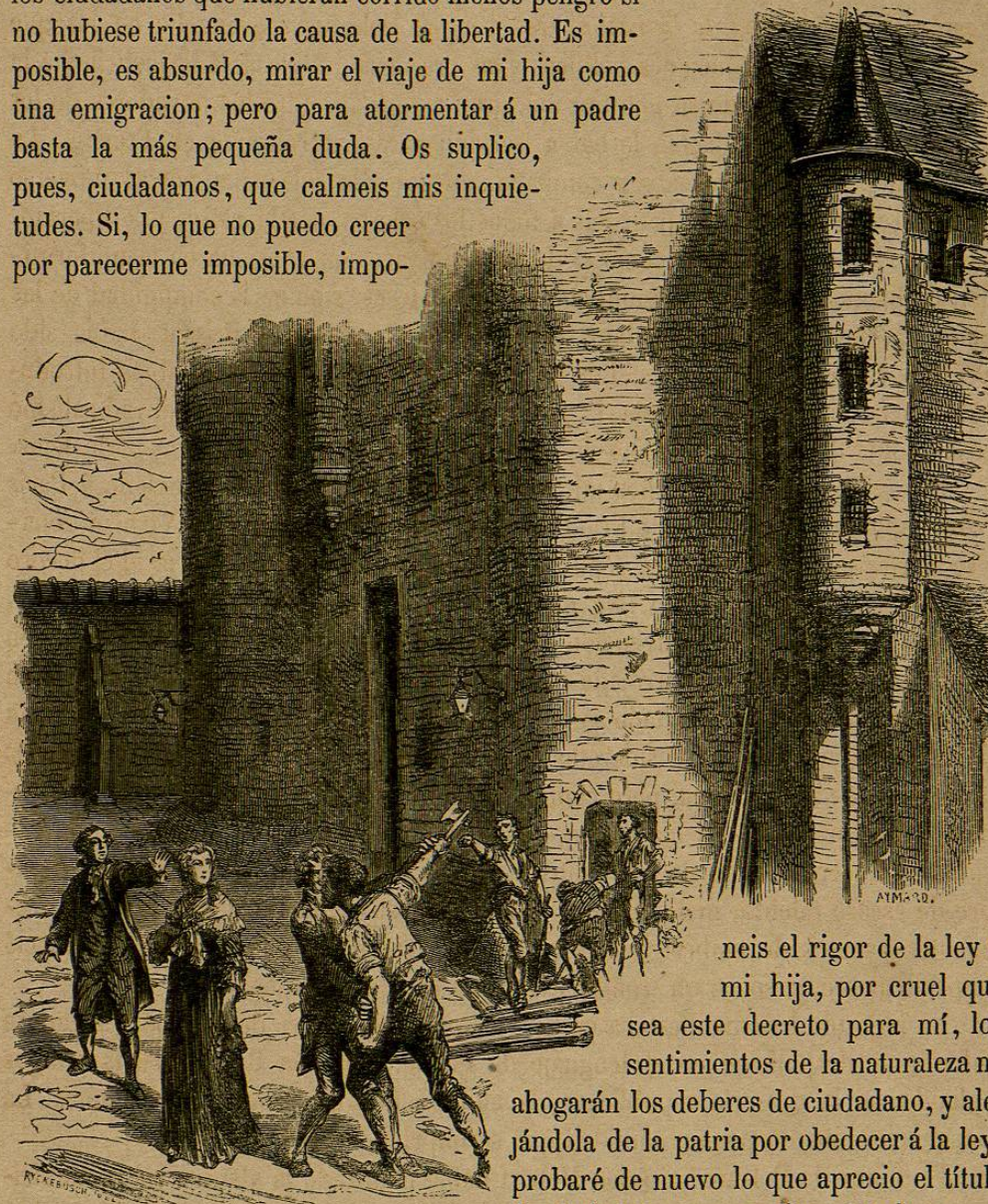
Entre los miembros de la Convencion nacional tomaba asiento un extranjero. Era éste el filósofo Tomás Payne, nacido en Inglaterra, apóstol de la independencia americana, amigo de Franklin, autor del *Buen sentido*, de *Los derechos del hombre* y de *La edad de la razon*, tres páginas del nuevo evangelio en las que habia llevado las instituciones políticas y las creencias religiosas á la justicia y á la luz primitivas, teniendo su nombre una gran autoridad entre los novadores de los dos mundos. Su reputacion le habia servido para naturalizarse en Francia. La nacion que entonces pensaba y combatia, no por ella sola, sino por el universo entero, reconocia por compatriotas á todos los celosos por la razon y la libertad. El patriotismo de Francia, como el de las religiones, no consistia en la uniformidad de lenguaje, ni en la comunidad de las fronteras, sino en la comunidad de las ideas. Payne, unido con madama Roland, con Condorcet y Brissot, habia sido electo por la ciudad de Calais. Los girondinos le consultaban y le habian introducido en el comité de legislacion. El mismo Robespierre afectaba por el radicalismo cosmopolita de Payne el respeto de un neófito por las ideas que vienen de lejos.

El rey habia tenido muchos miramientos á Payne cuando fué enviado á Paris para implorar los socorros de Francia en favor de América. Luis XVI hizo donativo de seis millones á la joven república. Payne no tuvo ni la memoria ni el decoro que convenia á su situacion. No pudiendo producirse en frances en la tribuna, escribió é hizo leer á la Convencion una carta innoble en los términos y cruel en la intencion; larga injuria arrojada hasta el fondo del calabozo al hombre de quien en otro tiempo habia solicitado generosa asistencia, y á quien debia la salvacion de su patria adoptiva. «Considerado como individuo, ese hombre no es digno de la atencion de la república; pero como cómplice de la conspiracion contra los pueblos, deis juzgarle,—decia Payne.—En cuanto á la inviolabilidad, no hay necesidad de hacer mencion de este motivo. No veais en Luis XVI más que un hombre de escaso talento, mal educado, como todos sus iguales, sujeto, dicen, á frecuentes excesos de embriaguez, y al que la Asamblea constituyente restableció imprudentemente sobre un trono para el que no era á propósito.»

La ingratitud se manifestaba en ultrajes, y la filosofía se degradaba haciéndose inferior al despotismo en el lenguaje de Payne. Madama Roland y sus amigos aplaudieron la grosería republicana de aquel acto y de aquellas expresiones. La Convencion mandó por unanimidad que se imprimiese esta carta.

El duque de Orleans, á quien Hebert habia bautizado la víspera en la municipalidad con el nombre de *Felipe Igualdad*, y que habia aceptado este nombre para despojarle hasta de las sílabas que recordaban la raza de Borbon, subió á la tribuna despues de leida la carta de Tomás Payne. «Ciudadanos,—dijo,—mi hija, de edad de quince años, ha ido á Inglaterra en el mes de Octubre de 1791, con la ciudadana de Genlis-Sillery, su aya, y dos jóvenes educadas con ella desde su niñez, de las que una es la ciudadana Enriqueta Sercey, huérfana, y la otra Pamela Seymour, naturalizada francesa desde hace muchos años. La ciudadana Sillery ha educado á todos mis hijos, y su comportamiento prueba que les ha formado desde muy temprano para las ideas republicanas. Uno de los motivos del viaje de

mi hija ha sido para sustraerla á la influencia de los principios de una mujer, su madre, muy apreciable sin duda, pero cuyas opiniones sobre los asuntos del dia no han sido siempre conformes á las mias. Cuando razones tan poderosas detienen á mi hija en Inglaterra, mis hijos estaban en el ejército. Yo no he dejado de estar con ellos en medio de vosotros, y puedo decir que yo y mis hijos no somos los ciudadanos que hubieran corrido ménos peligro si no hubiese triunfado la causa de la libertad. Es imposible, es absurdo, mirar el viaje de mi hija como una emigracion; pero para atormentar á un padre basta la más pequeña duda. Os suplico, pues, ciudadanos, que calmeis mis inquietudes. Si, lo que no puedo creer por parecerme imposible, im-



La reina amenazada por un obrero en el patio del Temple.—Pág. 232.

neis el rigor de la ley á mi hija, por cruel que sea este decreto para mí, los sentimientos de la naturaleza no ahogarán los deberes de ciudadano, y alejándola de la patria por obedecer á la ley, probaré de nuevo lo que aprecio el título de ciudadano, que prefiero á todo.» Acordó desdeñosamente la Asamblea que pasase la súplica del duque de Orleans al comité de legislacion. La Convencion, que no tenia necesidad de cómplices, principiaba á inquietarse por contar un Borbon en su seno. Demasiado cercano al trono para poderse servir de él sin riesgo, demasiado fiel á la revolucion para atreverse á acusarle, le cubria con una tolerancia que se parecia al olvido: queria eclipsarle, él queria eclipsarse á sí mismo; pero su nombre era demasiado brillante y le denunciaba á la atencion de la república. Era su único crimen, de que su

postracion ante el pueblo no podia absolverle. Aquel nombre, aunque repudiado, le anonadaba. Francia y Europa atentas se preguntaban cómo su patriotismo sufriria la terrible prueba del proceso de su pariente y de su rey. La naturaleza le rechazaba, la opinion le pedia una cabeza, y se temblaba decir quién triunfaria, si la naturaleza ó la opinion.

## IV

París y los departamentos, amenazados entónces por el hambre, se agitaban por efecto del terror pánico aún más que por la realidad de la carestía. El descrédito en que habian caído los asignados, moneda de papel, ideal como la confianza, hacía encerrar el trigo, lo que produjo la violacion de los mercados y los domicilios. Todos los pueblos pequeños alrededor de París, granero de Francia, estaban en una continua sedicion. Los comisarios de la Convencion que se enviaban sobre el terreno eran injuriados, amenazados y expulsados á la fuerza, y el pueblo les pedia pan y curas. Volvian á la Convencion á manifestar sus alarmas, sus injurias y su impotencia. «Se nos conduce á la anarquía,—decia Petion.—Nos despedazamos con nuestras propias manos. Hay causas ocultas para estos tumultos, y estan cabalmente en los departamentos más abundantes en trigo. Conspiradores que envileceis la Convencion, decidnos, ¿qué quereis de nosotros? Hemos abolido todas las tiranías, hemos abolido el trono. ¿Qué más quereis?»

Extraviando las conciencias, las ideas religiosas agitaban al mismo tiempo los departamentos; las sediciones tomaban la cruz por estandarte, lo que conmovió á Danton. «Todo el mal no está en las alarmas por las subsistencias,—dijo á la Convencion.—Se ha sembrado en la Asamblea una idea imprudente, hablándose de no dar pensiones á los clérigos. Se han apoyado en las ideas filosóficas que yo respeto, porque yo no conozco otro Dios que el del universo, ni otro culto que el de la justicia y el de la libertad; pero el hombre maltratado por la fortuna busca goces ideales. Cuando ve un hombre rico entregarse á todos sus placeres, acariciar todos sus deseos, entónces cree, y esta idea le consuela, que en otra vida los goces se multiplicarán en proporcion de sus privaciones en este mundo. Cuando hayais tenido durante algun tiempo empleados de moral que hayan hecho penetrar la luz en las cabañas, entónces será el tiempo de hablar al pueblo de moral y de filosofía; pero hasta entónces es bárbaro, es un crimen de lesa nacion querer quitar al pueblo los hombres en quienes espera aún hallar algunos consuelos. Yo creo, pues, que sería útil que la Convencion diese una proclama para persuadir al pueblo de que no quiere destruir nada, sino perfeccionarlo todo, y que si persigue el fanatismo, es porque quiere la libertad de las opiniones religiosas. Pero aún hay un objeto que exige la pronta decision de la Asamblea,—añadió Danton, más obligado que deseoso de hacer esta manifestacion contra Luis XVI:—el juicio del ex-rey se espera con impaciencia. El republicano, por una parte, se indigna de ver que este proceso parece interminable; por otra, el realista se agita en todos sentidos, y como aún tiene su fortuna y su orgullo, vereis quizá, con gran escándalo de la libertad, dos partidos chocar entre sí. Todo os manda que apresureis el juicio del rey.»

No queriendo dejar á Danton la primacía de su mocion, Robespierre se unió á él para pedir que «el último tirano de los franceses, el punto de union de todos

los conspiradores, la causa de todas las turbulencias de la república, fuese condeñado inmediatamente á la pena que merecian sus maldades». Marat, Legendre, Jean-Bon Saint-André, dieron el mismo grito de impaciencia y lanzaron contra el rey sólo la oleada de cólera, de inquietud y de agitacion que amenazaba á la república. El proceso fué la orden del dia permanente de la Convencion.

Tambien lo era la de los Jacobinos. Aquí, Chabot dirigia invectivas contra Brissot, le echaba en cara haberse alegrado secretamente de los asesinatos de Setiembre, con la esperanza de que su cómplice de otros tiempos y su enemigo entónces, el libelista Morande, depositario de sus secretos, pereceria bajo el hacha del pueblo. «¿Y tú te alabas con tus amigos—le decia Chabot—de ser el héroe del 10 de Agosto, tú, que te has ocultado en el comité hasta el momento en que se trató de apoderarse del ministerio bajo la responsabilidad de Roland y de Claviere! ¡El héroe del 10 de Agosto tú, que pocos dias ántes leias un discurso, aplaudido por los realistas, en que te declarabas defensor del rey! ¡Los héroes del 10 de Agosto tú y tus amigos! ¿Es tu amigo Vergniaud, que concluia su discurso sobre la destitucion por un mensaje al rey destinado á adormecer la nacion hasta la llegada de Brunswick? ¿Es Jerónimo Petion, que habia impedido la insurreccion del 28 de Julio, y que me reprendia el 9 de Agosto porque queria tocar á somaten? ¿Es tu amigo Lasource, que pedia el 8 de Agosto que se despachasen los federados que vencieron el 10? ¿Es aún Vergniaud, que presidiendo la Asamblea en la mañana de aquel dia, juraba morir por sostener los derechos constitucionales del rey? ¿Es tu partido, en fin, que miéntras el cañon del pueblo derribaba el palacio, hacía decretar que se nombraria un ayo al príncipe real? Dejo á la opinion pública que juzgue entre el ex-capuchino Chabot y el antiguo espía de la policia Brissot.» La conclusion de todas estas filípicas de los jacobinos contra Roland, Brissot, Petion y Vergniaud era el desafío que hacian á los girondinos de volverse atras en el proceso de Luis XVI y de negar aquella cabeza al pueblo, á ménos de confesarse traidores á la patria.

Robespierre rechazó en la misma sesion de los Jacobinos, como Danton lo habia hecho en la Convencion, el pensamiento de suprimir el sueldo que daba el Estado á los clérigos. Robespierre y otros retrocedian con timidez, por interes de partido, ante la aplicacion racional del dogma de la independencia de las creencias religiosas y de la emancipacion absoluta de la razon de los pueblos en materia de culto por la libertad. Decian que la religion del pueblo era una mentira, y pedian que la república pagase sacerdotes encargados de predicar y de administrar lo que ellos llamaban una mentira. Así los hombres más firmes en la fe revolucionaria, que no retrocedian ni delante de la sangre de sus conciudadanos, ni de los ejércitos de Europa, ni de su propio cadalso, retrocedian ante el poder de un hábito nacional, y dilataban la verdad en las relaciones del hombre con Dios, más bien que suspendian su poder. ¡Cuán cercana está la debilidad de la fuerza! «Mi Dios—decia Robespierre en una carta á sus comitentes—es el que creó todos los hombres para ser iguales y felices, que protege á los oprimidos y extermina á los tiranos. Mi culto es el de la justicia y la humanidad; yo no quiero más que otro alguno el poder de los clérigos; es una cadena más para la humanidad, pero es una cadena invisible unida á los espíritus. El legislador puede ayudar la razon á libertarse de ella, pero no romperla. Bajo este concepto, nuestra situacion me

parece favorable. El imperio de la superstición está casi destruido. Ya es ménos el sacerdote el objeto de la veneración, que la idea de la religión que aquel personifica á los ojos de la multitud. Ya la antorcha de la filosofía, penetrando hasta las clases más tenebrosas, ha disipado todos los ridículos fantasmas que la ambición de los clérigos y la política de los reyes nos mandan adorar en nombre del cielo. Ya apenas quedan en los ánimos más que aquellos dogmas eternos que prestan un apoyo á las ideas morales, y la doctrina sublime y tierna de la caridad y de la igualdad, que el Hijo de María enseñó en otro tiempo á sus conciudadanos. Bien pronto, sin duda, el evangelio de la razón y de la libertad será el evangelio del mundo. El dogma de la divinidad está grabado en las almas, y el pueblo liga este dogma al culto que ha profesado hasta ahora. Atacar este culto es atentar á la moralidad del pueblo. Recordad que nuestra revolución está basada en la justicia, y que todo lo que tiende á debilitar este sentimiento moral en el pueblo, es anti-revolucionario. Recordad con qué prudencia los más grandes legisladores de la antigüedad supieron manejar estos resortes ocultos del corazón humano; con qué arte sublime, teniendo consideración á la debilidad ó á las preocupaciones de sus conciudadanos, consintieron en hacer sancionar por el cielo la obra de su genio. Cualquiera que sea nuestro entusiasmo, no hemos llegado aún á los límites de la razón y de la virtud humana; pero ¡qué impolítico sería arrojar nuevos gérmenes de discordia en los ánimos, haciendo creer al pueblo que atacando sus sacerdotes se atacaba al mismo culto! No digais que no se trata de abolir el culto, sino sólo de no pagarlo; porque aquellos que creen en el culto, creen también que no pagarle ó dejarle perecer es lo mismo. Por otra parte, ¿no veis que entregando los ciudadanos á la individualidad de los cultos, levantaís la señal de la discordia en cada ciudad y en cada aldea? Los unos querrán un culto, otros querrán pasar sin él, y todos vendrán á ser los unos para los otros objetos de desprecio y odio.»

De este modo Danton y el mismo Robespierre, por una extraña y cobarde concesión de sus principios, querían establecer en nombre de la república aquella uniformidad oficial de las conciencias, que ellos echaban en cara á la política de los reyes. ¡Quitaban un rey al pueblo, y no se atrevían á declarar que dejarían de pagar al clero!

Esta inconsecuencia de Robespierre, ocultando su debilidad bajo un sofisma, le presentaba á los sarcasmos de sus enemigos. Carra, Gorsas y Brissot, redactores de los principales periódicos de la Gironda, se apiadaron de su superstición, y pusieron su complacencia en ridículo. «Todos preguntan—decían—por qué van tantas mujeres detrás de Robespierre á su casa, á la tribuna de los Jacobinos, á los Franciscanos y á la Convención. Es porque la revolución francesa es una religión, y Robespierre quiere formar una secta. Hay una especie de sacerdotes que tienen sus devotos, sus Marías, sus Magdalenas, como Cristo. Todo su poder está en la rueca. Robespierre predica, Robespierre censura; es furioso, grave, melancólico, exaltado ó frío, seguido en sus pensamientos y en su conducta. Se enfurece contra los ricos y los grandes. El texto de sus sermones es el de Cristo: «Es necesario despojar todos los pícaros acomodados de Jerusalem para vestir los desnudos». El vive con poco, no conoce las necesidades físicas, no tiene más que una sola misión, que es la de hablar siempre. Crea discípulos y tiene guardias para su persona, arenga en los Jacobinos cuando quiere hacerse sectarios allí, y calla



LEGENDRE.

cuando su voz pudiera perjudicar á su popularidad; rehusa los empleos en que podría servir al pueblo, é intriga para obtener aquellos en que puede persuadirle; aparece cuando quiere hacer sensacion, y desaparece cuando la escena está llena por otros. Tiene todos los caracteres de un jefe de religion, y se ha creado una reputacion de santidad; habla de Dios y de la Providencia, se llama el alma de los pobres y de los oprimidos, hace que le sigan las mujeres y los débiles de espíritu. Robespierre es un sacerdote, y jamás será otra cosa.»

## V

Marat por su parte, ausente de la Convencion y metido de nuevo en su subterráneo de los Franciscanos desde el insulto de Westermann y las amenazas de los federados, denunció desde allí al pueblo la faccion de la Gironda como una conjuracion permanente contra la patria. «No soy yo sólo—escribia—á quien ellos obligan á buscar su seguridad en una oscura cueva para ponerse al abrigo del hierro de sus asesinos; esta atroz faccion se encarniza contra Robespierre, Danton, Panis y todos los diputados que no puede atraer á composicion por el miedo. Hacen sus listas de proscritos bajo los auspicios de su patrono Roland. ¿Y quienes son estos enemigos públicos de todo hombre de bien? Aquellos que en la Asamblea constituyente han sacrificado á la corte los derechos y los intereses del pueblo, los Camus, los Gregoire, los Roland, los Sieyes y los Buzot; son aquellos que en la Asamblea legislativa han conspirado con el poder ejecutivo y hecho declarar una guerra desastrosa de concierto con Narbona, Lafayette y Dumouriez; son los que piden la desmembracion de Francia y la traslacion de la Asamblea nacional á Rouen. Hablo de los Lasource, de los Lacroix, Fauchet, Gensonné, Vergniaud, Brissot, Kersaint, Barbaroux y Guadet, esos viles maniqués convencionales de Roland. ¡Y se me critica haberme sustraído á los puñales de los asesinos pagados por esos hombres, refugiándome en mi subterráneo! Cuando mi muerte pueda cimentar la dicha del pueblo, ya verán si palidezco.»

No tardó efectivamente en volver á aparecer, escoltado por hombres del pueblo armados con sables y palos, y seguido por grupos de niños y mujeres cubiertos de andrajos. Con este acompañamiento se presentó á la puerta de la Convencion. «¡Y me acusan—escribia al día siguiente—de predicar la muerte y el asesinato, á mí que jamás he pedido algunas gotas de sangre impura sino para preservar arroyos de sangre inocente! El puro amor de la humanidad es el que me ha hecho cubrir algunos momentos mi sensibilidad para pedir la muerte de los enemigos del género humano. ¡Corazones sensibles y justos! á vosotros apelo contra las calumnias de esos hombres de hielo, que verian sin conmoverse inmolar á la nacion por un puñado de malvados. En el muelle de los Teatinos, en el antiguo palacio de Labriffe, cuyo nombre se ha borrado, se reunen diariamente esos agitadores, Buzot, Kersaint, Gensonné, Vergniaud, Sieyes y Condorcet. Allí forman sus proyectos. Con más frecuencia aún, estos conjurados se reunen en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery. Esta casa es una de sus madrigueras habituales, donde se principia por el conciliábulo y se concluye por la orgía; porque las ninfas de la emigracion van allí para corromper aquellos padres conscriptos de la Convencion. Saladin ha comido allá el 27 con muchos diputados de la trinca, tales como Buzot y